

Pero no todos los términos son apropiados para su empleo en las relaciones primarias o para el habla directa, y es aquí donde se insinúa la bipolaridad. El conjunto de términos para el habla directa viola el esquema de la terminología descriptiva (sudanés) y lo aproxima al generacional (hawaiano). En las referencias se habla de un primo segundo como del "hijo del hijo del hermano del padre del padre", pero, al hablar con él, se le dice simplemente "hermano". En el habla directa también se olvida el sexo del pariente conecctante, que hay que mencionar en la referencia indirecta.

En esta obra —naturalmente—, según podemos observar, un proceso de economía lingüística que se apoya en lo que resulta tácito; en lo que, por ser tácito, es conocido por quienes hablan, que no necesitan, por ello, mencionarlo de modo ineludible.

La bipolaridad también es —en el caso— asimétrica, favorable al polo ocupado por el mayor de los miembros de la relación (o sea, que un padre llama "padre" a su hijo, pero un hijo no le dice "hijo" a su padre).

El proceso sobrepasa los límites generacionales y sexuales y permite que a la hija del hermano se le llame "hermano paterno". El proceso es aplicable —mediante un término distinto— a la hija de la hermana. Como dice la autora, "se trata de usos bipolares no intercambiables".

Por lo que se refiere a la estructura, distribución, contexto y significado de la polaridad, Millicent Ayoub indica que se trata, principalmente, de una situación en la que un padre que quiere que su hijo actúe de una manera determinada emplea, en vez del mandato, un tono apaciguador, que va bien con el uso de la palabra "padre". Es como si él empleara para mandar al hijo la misma técnica que éste emplearía para pedirle algo a su padre. Se trata, como ella indica, de una inversión temporal y unilateral de la relación, más que de un cambio de papeles. Esto, a su vez, encuentra apoyo en la cultura árabe que piensa que al niño y al joven hay que persuadirlos más que obligarlos a hacer las cosas. Pero la propia autora señala cómo, en otros ambientes, se dan inversiones semejantes: cómo un pasajero que trata de hacer que vaya más lentamente un "taxista" puede decirle: "Mamá, por favor, vete más despacio", creando una supraordenación del chofer, para despertar su instinto protector.

Millicent Ayoub ha hecho observaciones adicionales y plantea otras hipótesis por pro-

bar e interpretar. Los inmigrantes árabes en Estados Unidos de América llevan estos hábitos suyos al inglés. Las niñas son sujetos de la bipolaridad, pero, conforme van creciendo lo son cada vez menos; esto, según la autora, puede indicar cuál es su posición —diferente de la del varón— en la sociedad correspondiente.

Como puede verse, si bien las aportaciones sociolingüísticas al Congreso Internacional de Lingüistas reunido en Cambridge fueron poco numerosas, sirvieron, de todos modos, para dar idea de algunas de las preocupaciones principales de quienes cultivan esta interdisciplina en pleno desenvolvimiento.

Oscar Uribe Villegas

Julien Greimas: "Des modèles théoriques en socio-linguistique (pour une grammaire sociolinguistique)". Secondo Congresso Internazionale di Scienze Sociali dell' Instituto Luigi Sturzo. *Giornate Internazionali di Sociolinguistica*. Roma, 15-17, settembre 1969, pp. 93-109.

Julien Greimas, al intervenir en las Jornadas Sociolingüísticas convocadas por el Instituto Luigi Sturzo y realizadas en Roma en 1969, habló de la sociolingüística como de una disciplina aún muy imprecisa a la que hay que caracterizar —ya desde ahora— como una investigación interdisciplinaria y a la que hay que librar de caer en uno de dos extremos: el de convertirse en simple sociología de las lenguas naturales y el de ser una simple lingüística matizada sociológicamente.

Greimas piensa —como nosotros— que la separación entre etnolingüística y sociolingüística es artificial (tan artificial como la que divide a la antropología de la sociología en cuanto que el estudio de los "pueblos primitivos" complementa la investigación de las "sociedades civilizadas") y que, en realidad, lo que una y otra buscan es explicar conjuntamente la diversidad de lenguas y de sociedades a base de un principio común: el encuentro de los significados sociales existentes tanto en las lenguas naturales como en cualquier otro tipo de sistema comunicativo (como que existe la posibilidad de constituir una sociosemiótica en el nivel de la teoría general de los signos que vislumbra Saussure).

El profesor de la Escuela de Altos Estu-

dios, de París, parte del nudo problemático constituido por la distinción entre lengua nacional, dialecto, *patois*, y encuentra que la diferenciación entre ellos no puede hacerse con criterios puramente lingüísticos: que el concepto de lengua natural tiene que ser sociolingüístico. Y encuentra, también, que en el momento de la tipificación de esas lenguas los criterios puramente lingüísticos son insuficientes.

Para tipificar esas lenguas naturales se puede y debe recurrir a criterios como los de jerarquización lingüística, de Hjelmslev, y de organización de las lenguas de acuerdo con reglas de funcionamiento o transformación, a la manera de Chomsky, pero la tipología resultante no es aún sociolingüística ya que lo que importa en el estudio de cualquier pueblo es, más que una taxonomía en sí —lingüística, botánica o de cualquier otro tipo—, el descubrimiento de “cómo funciona el espíritu humano que se manifiesta a través de diversas comunidades lingüísticas”.

O sea, que en última instancia, un esfuerzo tal debe contribuir, por la vía inductiva, a la constitución de una antropoteoría, de una auténtica antropología filosófica situada allende la etnografía o la antropología en sentido estrecho, la sociología y la sicología de cuyos hallazgos —sin embargo— se nutre.

El catedrático de París, al reconsiderar el problema de la diferenciación “lengua-dialecto”, subraya que el concepto de comprensión (o mejor, que la comprensibilidad subyacente en la distinción entre ellos) es relativa (que tiene, diríamos, poco de la certidumbre y mucho de la probabilidad) y que depende (subjettivamente) del reconocimiento de la identidad o alteridad de los “sujetos parlantes” (o, mejor, de los interlocutores). Es algo semejante a lo que ocurre con la distinción entre lo fonético y lo fonémico: no basta con que dos sonidos se parezcan (objetivamente) para que sean reconocidos (subjettivamente) como miembros de un mismo fonema: es necesario que la comunidad hablante eleve el parecido a la categoría de identidad. De modo análogo —diríamos— en la situación intercultural, no basta con que dos comunidades tengan modos de hablar tan parecidos que objetivamente puedan considerarse como iguales y mutuamente inteligibles si las comunidades respectivas se niegan a elevarlos a la categoría de “iguales” o de “prácticamente iguales”.

*Dentro de ciertos límites de semejanza*

*objetiva*, es una definición social la que hace que dos modos de hablar semejantes sean reconocidos como dos lenguas distintas, mientras que una definición social diferente puede hacer de ellos dos dialectos de una misma lengua o incluso considerarlos como dos simples variantes de un mismo dialecto.

Greimas recurre a ejemplos para mostrar que hasta ahora existen clasificaciones pero no tipologías (pues creemos que es ésa la diferenciación terminológica que establece la disciplina lógica entre agrupamientos que dependen de un solo criterio diferenciador y agrupamientos que conjuntan varios), y anota cómo la base principal de la distinción entre Rumania Oriental y Rumania Occidental gravita en torno de una distinta formación de plurales; así como la distinción entre la lengua de oil y la lengua de oc se establece con base en un criterio principalmente fonético.

Al explorar la posibilidad de usar para la tipificación las “áreas culturales”, se refiere a las isoglosas y su superposición a mapas en los que se tracen líneas de igual distribución de rasgos culturales, con lo que alude a una forma de correlación sociolingüística, de base cartográfica, que siempre nos ha sido grata pero que —como indicó el maestro español Amado Alonso— es insuficiente, ya que toma lenguas y culturas por el lado analítico y no por el sintético, con lo que deja que escape la especificidad de tales fenómenos.

Para Greimas ese enfoque tampoco basta pues él piensa que si el mismo puede servir a una sociología de las lenguas, es insatisfactorio para la sociolingüística (que es algo distinta así no sepamos bien si es del mismo o de distinto rango que esa sociología).

Rebasada la porción crítica de su estudio, Greimas emprende la constructiva de su trabajo al intentar el delineado de ciertas taxonomías sociolingüísticas en sentido estricto, o sea, ciertas formas de describir las diferencias y articulaciones significativas de las sociedades con base en el registro de las desviaciones significativas que se producen en el nivel de las lenguas naturales.

Puede observarse así, de paso, que si en el criterio tipificador de covariación cartográfica había una ineludible —si bien no expresa— alusión a la estadística y *sus técnicas*, aquí —en un nivel superior— hay una inevitable referencia —tácita todavía, pero ya presente— a la estadística y *sus conceptos*.

El sociolingüista francés también establece —como el Alonso insatisfecho con la vi-

sión analítica de rasgos lingüísticos y rasgos culturales— que “los procedimientos de descubrimiento y descripción sociolingüísticas... no consisten en establecer comparaciones entre categorías lingüísticas de un lado y categorías sociológicas de otro”, sino que hay que introducir tres tipos de categorías y modelos: proxémicos, morfológicos y funcionales.

Al hablar de las categorías y modelos proxémicos, usa un lenguaje que no puede menos que evocar, en nosotros, el de *Las palabras y las cosas* de Foucault ya que muestra la importancia que tiene, sociolingüísticamente, la distinción entre “lo otro y lo mismo”, esa polaridad fundamental que el autor de la *Historia de la locura* consideró determinante en el reconocimiento de la cordura y de la insania dentro de una sociedad. Gracias a esas categorías, como él dice, la sociedad explota la contigüidad espacial, se constituye en términos de sentido, y para ello utiliza un “juego de negaciones y afirmaciones de solidaridad”: se solidariza con unos y se desolidariza de los otros.

En su tratamiento de las categorías morfosociales, distingue las centrípetas (sexo, edad, jerarquía) de las centrífugas (sacralidad, secreto, exterioridad) y subraya que esas categorías no operan aisladamente sino como miembros de una combinatoria; que permiten desviaciones mínimas (estilísticas) o máximas (diferenciadoras de lenguas); que permiten caracterizar como común la lengua que corresponde a sus términos marcados (de varones adultos, de jerarquía superior) y que son culturales y no naturales (como que un varón puede emplear habla de mujer con propósitos socialmente significativos de caracterización de su homosexualidad), a más de que pueden ser axiologizados (o valorados positiva o negativamente) por la sociedad.

La dinamización del estudio sociolingüístico depende, para su presentación, de los modelos funcionales que son definidos por la movilidad de los individuos; que explican el que una lengua de clase se convierta en el discurso de profesión (el latín de clérigos en el Medioevo convertido en latín de predicador hacia el siglo XIX). Y postula una especie de filosofía de la historia, de base sociolingüística ya que “el paso del estadio subdesarrollado al desarrollado de una sociedad corresponde justamente a la funcionalización de las categorías sociolingüísticas”.

En último término, Greimas se refirió, en

las Jornadas Sociolingüísticas, a la posibilidad y necesidad de constituir una gramática sociolingüística, “que tomará la forma de una estrategia de la comunicación”, pues en ella se trata de especificar no sólo la forma en que se usa la lengua en sí, sino el empleo de esa lengua-en-situación. En efecto, un extranjero puede llegar a hablar bien sin por ello poder hacer un buen uso de su habla (por mala elección de registro, de concomitantes paralingüísticos, como los gestos, o de cualquier otro rasgo semejante de aquella parte de la conducta que no es estrictamente lingüístico).

En el momento de comentar —con elogio— la contribución de Julien Greimas, el ilustre maestro florentino de la lingüística, Giacomo Devoto, dejó constancia de su oposición al considerar el trabajo del investigador francés como una “contribución a una gramática sociolingüística general”, debido a las implicaciones filosóficas más que científicas de cualquier concepción propia de la “gramática general”. Esto no impide considerar que la exposición del sociolingüista francés fue, a no dudarlo, una de las más nítidas e interesantes entre las presentadas a esas Jornadas Internacionales de Sociolingüística de Roma, que han evidenciado —también— la existencia de un cierto número de esforzados trabajadores en el campo de esta disciplina aún naciente, pero ya promisoría.

Oscar Uribe Villegas

Magdalena Vulpe: “Dialectal, populaire, parlé”. *Bulletin de la Société Roumaine de Linguistique Romane*. VI. Bucarest, 1969, pp. 91-97.

La lingüista rumana Magdalena Vulpe fija su atención en el hecho de que se suele calificar de regionales o populares ciertos rasgos no literarios, pero sin precisar un criterio clasificatorio. Recuerda también ciertas tentativas de diferenciación entre lo dialectal (regional y popular) y, en particular, evoca las equivalencias dadas por Nelsson-Ehle y Hristen para estos términos.

Para Nelsson-Ehle, lo popular dialectal es un *patois*; lo popular no dialectal, una variante lingüística; lo cultivado y dialectal un dialecto y lo cultivado y no dialectal una lengua literaria. Para Hristen, lo regional se subordina —en términos de difusión— a lo popular: lo puramente regional aparece en